

ISSN 2665-279X | Número 1 | (enero-marzo de 2019)

Magazín **R**uralidades & Territorialidades |Núm. 1|

¿Agroindustria, agricultura familiar o ganadería extensiva?



UNIVERSIDAD DE
LA SALLE



Magazín
Ruralidades & Territorialidades **|Núm. 1|**

UNIVERSIDAD DE
LA SALLE

Universidad de La Salle
Sede Chapinero, carrera 5 # 59A-44
Bogotá, Colombia
PBX (57-1) 348 8000, exts. 1500-1501

Magazín Ruralidades y Territorialidades
Observatorio Rural de la Universidad de La Salle

ISSN 2665-279X

Número 1

(enero-marzo de 2019)

Presidente del Consejo Superior
Hno. Carlos Gabriel Gómez Restrepo, FSC

Consejo de Coordinación

Hno. Alberto Prada Sanmiguel, FSC
Rector

Carmen Amalia Camacho Sanabria
Vicerrectora Académica

Luis Fernando Ramírez Hernández
Vicerrector Administrativo

Hno. Diego Andrés Mora Arenas, FSC
Vicerrector de Promoción y Transferencia

Hno. Ariosto Ardila Silva, FSC
Vicerrector de Investigación y Transferencia

Saray Yaneth Moreno Espinosa
Secretaria General



Editor

Jaime Forero Álvarez

Consejo Editorial

Hno. Ariosto Ardila Silva, FSC
Rosalina González Forero
Myriam Zapata Jiménez
Oscar Eduardo Garavito
Wilson Vergara Vergara
Jaime Alberto Rendón Acevedo
Claudia Aixa Mutis Barreto
Ariosto Ardila Silva
Wilson Acosta Valdeleón
Claudia Patricia Álvarez Ochoa

Producción Editorial

Alfredo Morales Roa
Jefe de Ediciones Unisalle

Ella Suárez
Coordinadora Editorial

Irina Florián Ortiz
Corrección de estilo

Andrea Julieth Castellanos
Diseño y diagramación

Xpress Estudio Gráfico y Digital SAS-Xpress Kimpres
Impresión

CONTENIDO

5 EDITORIAL

7 DEFINICIONES Y DIMENSIONES



9 PRECISIONES

- 10** ¿Qué es la agricultura familiar y quiénes son los campesinos?
Jaime Forero Álvarez
- 14** La agricultura familiar en Colombia y los retos para el posconflicto
Wilson Vergara
- 18** La ganadería extensiva
Wilson Vergara
- 20** Tendencias recientes de los cultivos agroindustriales en Colombia
Armando Corredor
- 28** Una finca productora de leche que conserva los bosques de las laderas andinas
Claudia Durana Rimgalia



30 VOCES

- 31** Ganadería extensiva: la visión de los ganaderos
Alfredo García Burgos
- 33** La agricultura familiar garantiza la alimentación y la preservación del medio ambiente
Jesús Alberto Castilla
- 35** La necesidad de empresarizar la producción agropecuaria
Jorge Enrique Bedoya



37 OPINIONES

- 38** El error más grande de la política económica colombiana
Albert Berry
- 41** La predominancia de la ganadería extensiva en Colombia: reflexiones para la política pública
Wilson Vergara
- 44** Agroindustria, agricultura familiar y ganadería extensiva: ¿modelos de producción excluyentes?
Jaime Forero Álvarez

El *Magazín Ruralidades y Territorialidades* es una publicación trimestral del Observatorio Rural de la Universidad de La Salle. Cada magazín versa sobre un solo tema relacionado con asuntos estructurales del campo, la agricultura, la ganadería y los territorios rurales.

Se publican artículos de opinión, artículos de difusión de resultados de investigación, información relevante cualitativa y cuantitativa sobre los temas tratados, entrevistas, semblanzas y reseñas. El magazín está presentado en un lenguaje escrito y visual adecuado para llegar a un amplio público.

El magazín está en consonancia con las directrices misionales de la Universidad de La Salle, según las cuales esta institución se compromete decididamente con el desarrollo y la paz rural.

Las contribuciones, que no deben exceder las mil palabras, son evaluadas por un Comité Editorial que decide qué publicar y se reserva el derecho de hacer correcciones y ajustes a los textos propuestos. Las contribuciones pueden enviarse a jforero@unisalle.edu.co con copia a oegaravito@lasalle.edu.co y jrendon@unisalle.edu.co

Este magazín se puede consultar en
<http://www.observatorioruralunisalle.com>

EDITORIAL

1

2

3

En diversas oportunidades, se ha sostenido que el modelo de desarrollo para el campo colombiano debe basarse en la agroindustria, la cual comprende los grandes cultivos empresariales como el arroz, la producción de azúcar, los aceites y los agrocombustibles, las lecherías, la producción intensiva de carne de res, la floricultura, la avicultura y las plantaciones de árboles maderables. Se ha concluido que la agroindustria es el sector que tiene las mayores potencialidades para jalonar el crecimiento agropecuario y alcanzar la autonomía agroalimentaria.

Sin embargo, hay estudios que prueban que la agricultura familiar campesina es económicamente eficiente y, en ocasiones, más que la agroindustria; abastece buena parte de los mercados urbanos con productos como la papa, el plátano, la yuca, la panela, las hortalizas, los frijoles, los frutales, entre otros, y aporta el 80 % del café, que es el principal producto agrícola colombiano de exportación. Se afirma, además, que la economía campesina es crucial para estabilizar la población y las comunidades rurales, salvaguardar los pueblos indígenas y afrocolombianos y preservar el medio ambiente.

Por otro lado, quienes defienden la ganadería extensiva esgrimen que en su mayor parte es adelantada por cerca de 400 000 pequeños finqueros (datos de Fedegán), que generan empleo en altas proporciones y que es un mito que las tierras de los ganaderos estén altamente concentradas. Destacan, al mismo tiempo, el papel crucial de la carne bovina en la alimentación de los colombianos, así como su potencial exportador.

Pero las desventajas de cada uno de estos tres modelos productivos (agroindustria, agricultura familiar campesina y ganadería extensiva) han sido resaltadas, con datos en la mano, por varios tratadistas. La agroindustria es altamente subsidiada

por el Estado, lo cual pone en duda su eficiencia económica. Además, contamina tierras y aguas, ha avanzado sobre tierras de baldíos que deberían ser asignadas solo a los campesinos, y tiene de cada vez más a producir combustibles a costa de la necesaria expansión de la producción alimentaria. Por su parte, la agricultura familiar es también contaminante y en las pequeñas parcelas de los campesinos se reproduce la pobreza, pues los cultivos de los campesinos arrojan muy bajos ingresos. En lo que respecta a la ganadería extensiva, se afirma que expulsa mano de obra porque genera muy pocos empleos y muy poco valor por hectárea; asimismo, que produce un impacto ambiental severo y que ha ocupado gran parte de las tierras con vocación agrícola, pues, como es sabido, las propiedades de los ganaderos son, de lejos, las que más inciden en la muy alta concentración de la tierra.

A la luz de estas consideraciones, este magazín se propone dar cuenta de la importancia relativa y de las potencialidades de cada uno de estos tres modelos productivos. Al mismo tiempo, pretende contribuir a analizar cuál de ellos debe priorizar la política pública para lograr un desarrollo ambientalmente sostenible, generar empleo y estabilidad rural y satisfacer las crecientes demandas de alimentos, así como solucionar problemas de desnutrición y subalimentación, sustituir parte de las crecientes importaciones, generar más divisas exportando más alimentos y compensar los efectos negativos de los tratados de libre comercio. Nos interesa, en otras palabras, aproximarnos a la pregunta de si, ante la escasez de recursos públicos y frente al uso actual de la tierra, la política pública debe decidirse por la agroindustria, la agricultura familiar o la ganadería extensiva. Y, yendo un poco más allá, nos interesa cuestionarnos también acerca de si es necesario o no hacer este tipo de priorizaciones.

DEFINICIONES Y DIMENSIONES

La agroindustria

Adoptamos, en este magazín, la forma como se ha caracterizado a la agroindustria en el debate público, como el conjunto de las actividades agrícolas y pecuarias realizadas por empresas capitalistas basadas en la contratación de trabajadores y empleados. Comprende 1) los cultivos a mediana y gran escala de cereales (arroz y maíz principalmente), oleaginosas, algodón, frutales y árboles maderables; 2) la producción de azúcar, aceites y agrocombustibles; 3) la producción de leche, cerdos, aves, huevos y peces a mediana y gran escala; 4) la producción de carne bovina a mediana y gran escala en sistemas intensivos o semintensivos (diferentes a los de la ganadería extensiva), y 5) la floricultura bajo invernadero.



La agricultura familiar

Corresponde a los sistemas de producción agropecuarios adelantados a pequeña escala mediante el involucramiento directo del productor individual (o de su familia) a las labores agrícolas, pecuarias y de transformación. En la actualidad, el productor familiar contrata jornaleros (en proporciones que muchas veces sobrepasan el 50% del trabajo empleado); utiliza insumos comprados en el mercado, y, aunque el autoconsumo es importante (le proporciona, en promedio, el 30% de su canasta de alimentos), su producción, con algunas excepciones, se canaliza hacia los mercados en porcentajes que normalmente superan el 90% del valor de lo que produce. En Colombia, la agricultura familiar abastece masivamente los mercados urbanos con productos como la papa, el plátano, la panela, las hortalizas, los frijoles, una parte de la leche y de la carne bovina, entre otros, al tiempo que aporta alrededor del 80% del café, que es el principal producto agrícola de exportación. Normalmente, se distinguen dos tipos de agricultores familiares: el pequeño empresario, para quien la agricultura es un negocio que puede sustituir por otras actividades, y el campesino, para quien el trabajo en el campo con su familia constituye un modo de vida y su tierra es un patrimonio cultural constitutivo de su identidad.



Foto del Observatorio Rural

La ganadería extensiva

Es un sistema de producción bovina en el cual se tiene, en pastoreo, menos de un animal por hectárea con muy baja o nula incorporación de fertilizante. De allí que ha sido considerada una actividad extractiva de los recursos del suelo. En el país, la ganadería extensiva es llevada a cabo por campesinos, finqueros medianos y grandes terratenientes, y es un sector estratégico en la oferta de carne bovina para el consumo nacional. Es un sistema de producción que causa problemas de erosión, agotamiento de suelos, desregulación hídrica y pérdida de biodiversidad. Sin embargo, la ganadería hiperextensiva de los Llanos Orientales (en la que un animal ocupa entre 8 y 15 ha) tiende a preservar los ecosistemas naturales de las sabanas naturales en donde pasta el ganado.



Participación en el valor de la producción agrícola



Agroindustria



Agricultura familiar



Ganadería extensiva

Fuente: Cálculos del Observatorio Rural Unisalle.

Participación en la alimentación de los colombianos



Agroindustria



Agricultura familiar



Ganadería extensiva



Importaciones

Fuente: Cálculos del Observatorio Rural Unisalle.

Distribución del área agropecuaria

Área de cultivos agroindustriales	3 014 712	5 %	
Área de cultivos familiares	6 020 621	10 %	
Ganadería semiintensiva	6 000 000	9 %	
Ganadería intensiva	28 300 000	45 %	
Área en bosques en fincas privadas	19 900 569	31 %	
Área agropecuaria (incluye los bosques y demás vegetación natural de las fincas privadas)	63 235 902	100 %	

Fuente: De acuerdo con el Censo 2013-2014 Ganadería extensiva: criterio expertos. Observatorio Rural

PRECISIONES

Artículos:

¿Qué es la agricultura familiar y quiénes son los campesinos?

Jaime Forero Álvarez

La agricultura familiar en Colombia y los retos para el posconflicto

Wilson Vergara

La ganadería extensiva

Wilson Vergara

Tendencias recientes de los cultivos agroindustriales en Colombia

Armando Corredor

Una finca productora de leche que conserva los bosques de las laderas andinas

Claudia Durana Rímgalia

1

2

3

¿QUÉ ES LA AGRICULTURA FAMILIAR Y QUIÉNES SON LOS CAMPESINOS?



Jaime Forero Álvarez
Profesor en la Universidad de La Salle

Foto cortesía de Holmes Villegas Caballero

La cuestión de la identidad campesina, que parece corresponder a una sofisticada discusión académica, se ha planteado en la actualidad como una cuestión crucial para la política pública y para los movimientos sociales. Si hasta casi finales del siglo XX las preguntas centrales de los tratadistas y de los planificadores giraban en torno al rol y las potencialidades de los campesinos en la sociedad contemporánea, es decir, a su viabilidad o inviabilidad dentro del capitalismo, hoy en día está planteada una cuestión ontológica crucial: ¿quién es o quién no es el campesino? En medio de este debate toma fuerza y es objeto de agudas polémicas el concepto de *agricultura familiar*. Para algunos, este concepto tiene el mérito de abarcar la altísima heterogeneidad de formas de organizar la actividad productiva agropecuaria de los hogares rurales; sin embargo, para otros, resulta

ser una categoría reduccionista (economicista), que no abarca la complejidad de un campesinado que es, ante todo, una cultura y una forma de vida. Más aún, según este último punto de vista, la agricultura familiar es una categoría que identifica al campesino con actores que para nada corresponden a su naturaleza social ni a sus proyectos de vida ni a sus intereses políticos.

El reconocimiento del campesino como un actor social (¿o acaso como una clase social?) es apropiado para hacer análisis que pueden, a su vez, ser útiles para formular política pública o para cualificar movimientos sociales y políticos. No obstante, la opción de la vía campesina —por estar centrada en un actor que utiliza predominantemente la mano de obra familiar y que no contrata sino esporádicamente a terceros, que trabaja con tecnologías

agroecológicas, que no aplica fertilizantes y plaguicidas industriales, que rechaza la integración a los mercados agroindustriales, que privilegia los intercambios solidarios con los vecinos— es una opción conceptual profundamente excluyente. En efecto, según esta categorización, no serían campesinos la casi totalidad de los agricultores familiares colombianos.

En términos económicos, los sistemas de producción familiares son unidades productivas parcialmente monetizadas que llevan a cabo una parte de sus operaciones mediante transacciones mediadas por el dinero (como ventas de productos y compras de insumos), y otra parte sin la intervención de transacciones monetarias (como las operaciones de autoconsumo y empleo de mano de obra familiar). En otros términos, la característica económica fundamental de la agricultura familiar es que tiene, al mismo tiempo, un ámbito monetario y un ámbito doméstico (o no monetario). El agricultor familiar desarrolla la actividad agropecuaria en parte con trabajo familiar, pero contrata trabajo asalariado en proporciones que, en Colombia, sobrepasan frecuentemente el 50 % del trabajo utilizado. Pero lo fundamental es que la producción agropecuaria familiar está agenciada y regulada por una familia (o por un individuo) que toma decisiones con un cierto grado de autonomía, aunque condicionadas por lo socioeconómico, lo político, lo cultural y lo ambiental. El agricultor familiar, en general, está normalmente integrado a los mercados nacionales agroalimentarios (papa, leche, panela, plátano, hortalizas, frijol...) y mundiales (café para la exportación, coca, uchuvas...), así como también a los mercados globales de insumos y de bienes de consumo. No obstante, es preciso plantear las diferencias.

El campesino tiene su propia racionalidad económica regida por la obtención de ingreso familiar en dinero y en especie, y aunque la tierra es

para él un activo productivo, es, ante todo, un patrimonio cultural. La tierra y su pertenencia a una comunidad (a su vereda) son parte de su identidad. Se tiene, de otra parte, al agricultor familiar capitalista (no campesino), que tiene una lógica económica determinada por la ganancia y para quien la tierra es apenas un activo productivo económico negociable.

Como la actividad agropecuaria es para este sujeto un negocio más dentro de sus múltiples actividades, puede enajenar su tierra o dejar de trabajarla sin que esto constituya una perturbación sustancial. Por el contrario, para el campesino, abandonar su tierra es un hecho trascendental. Obviamente que la realidad es más rica en los casos intermedios que en prototipos, de manera que este tipo de categorías son apenas referentes teóricos que ayudan a comprender y no necesariamente a clasificar rígidamente.

La agricultura familiar es una categoría amplia en la cual caben todo tipo de campesinos y agricultores familiares no campesinos, y puede resultar útil para la aplicación de políticas públicas. Pero, para convocar a movilizaciones sociales y a la participación política de la población rural, es más coherente con esta población la categoría de campesino, pues sintetiza la identidad de buena parte de los habitantes del campo (o de sus múltiples identidades). Pero restringir esta categoría a una forma específica de organización económica (agroecológica) o a un único modo de vida (el del buen vivir) resulta excluyente y puede acercarnos a lo que Amartya Sen llama *identidades dicotomizadas* generadoras de violencias (físicas o simbólicas, es preciso añadir).

Con las estadísticas más recientes, que no distinguen entre campesinos y agricultores familiares capitalistas (o no campesinos), los agricultores familiares en su conjunto involucran a dos millones de



Foto de Johana Martín

hogares, que aportan entre el 51 % y el 63 % del valor de la producción agrícola (dependiendo de si se hacen las cuentas con las cifras del Ministerio de Agricultura o con las del reciente Censo Agropecuario de 2014), y generan, quizá, el 25 % de la producción pecuaria (no hay datos para hacer un cálculo confiable). Contribuyen con el 80 % de la producción cafetera, que es el producto agropecuario más importante, y con el 32 % de la canasta alimentaria de los colombianos. Esto demuestra que los agricultores familiares han sido y son protagonistas fundamentales de la economía colombiana.

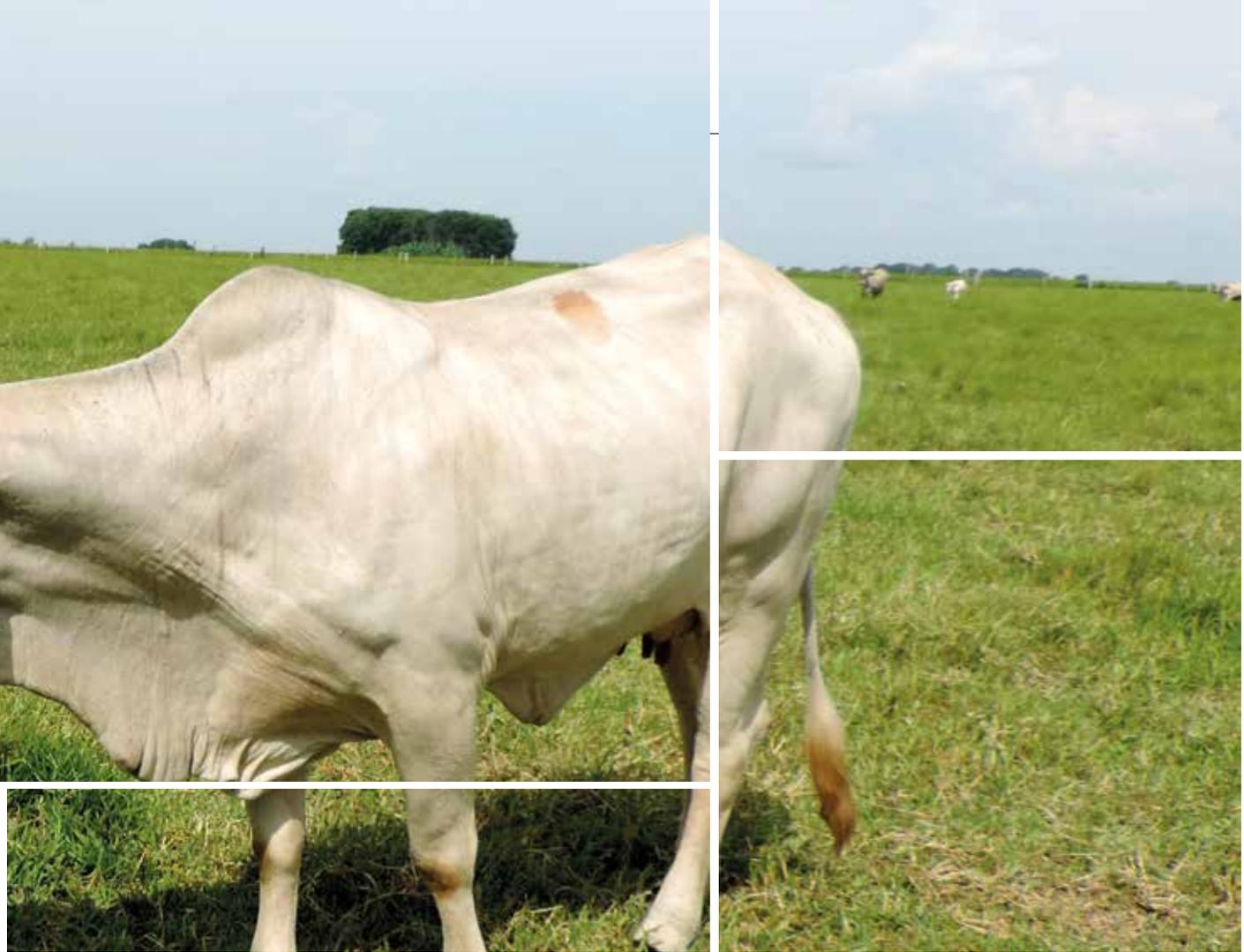
Posdata: un milagro en la Altillanura

El Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (In-coder) adjudicó, hace diez años, en la Altillanura,



unas parcelas a familias sin tierra con la promesa incumplida de asignarles los recursos para que las trabajaran. Quedaron ubicados en medio de un peladero, en una sabana inhóspita y ardiente, en donde durante cuatro meses el viento sopla hasta el agotamiento y el sol quema el pellejo de las plantas, los animales, las personas y la misma tierra. ¿Y qué hicieron estas familias? Les tocó aguantar hambre en un principio, pero poco a poco sacaron de la nada mínimos recursos para empezar: una vaquita, una marrana que un pariente les prestó, unas semillas que alguien les regaló, un par de becerras, un pequeño préstamo. Así, con casi nada de capital, iniciaron el trabajo en sus fincas, basados en los preceptos de la agroecología.

En cada finca, lograron construir un rico ecosistema con una amplia diversidad biológica, cultivada y silvestre, y se pusieron en la tarea de conservar y hasta reconstruir los morichales, los bajos húmedos, las riveras de los caños (o quebradas) y otros ecosistemas naturales típicos de los Llanos Orientales. A falta de capital, el recurso más importante fue la generosidad, estas familias se regalaban unas



a otras semillas, plántulas, productos de pancoger, abonos, etc., unos les enseñaban a los otros lo que iban aprendiendo, lo que iban experimentado. Lo más valioso fue, entonces, la forma como se transmitieron los conocimientos con los que crearon nuevas posibilidades de manejo de sus cultivos y animales y con los que enfrentaron la conservación de los recursos naturales. La construcción de redes de intercambio solidario de bienes, favores, servicios, razones e información fue la clave última del éxito de esta gente. ¿Éxito económico? Sí, éxito económico. Los estudios realizados con estas familias por las universidades de Los Llanos, Javeriana y La Salle muestran que el resultado es impresionantemente exitoso: por cada día trabajado, esto es, por cada 8 horas que la familia invierte en trabajar su finca, obtiene una remuneración de \$85 000, cuando el jornal en esa zona no pasa de \$35 000 (y hay que descontarle a este último los costos de alimentación y transporte). Además, los

ingresos de cada familia los colocan muy por encima (dos veces y media) de la línea pobreza.

Lo que pasó allí fue que los hombres se dejaron convencer de las mujeres. En nuestra cultura, ellas son las que saben interpretar el mensaje de una brizna de hierba, de una mata de botón de oro, de un cucarrón. Aprendieron hombres y mujeres, con la ayuda de la Fundación Cosmopolitana, a entender la sabana, a interpretarla y manejarla con inteligencia, con la inteligencia necesaria como para saber muy bien que cuando uno trabaja con la naturaleza, el mejor negocio es trabajar como trabaja la naturaleza misma. Saben ellos, y nos lo enseñan, que el trabajo, la inteligencia y, sobre todo, la solidaridad humana no solo proporcionan la yuca de cada día, sino que pueden hacer, con tecnologías apropiadas, el milagro de la multiplicación de las cosechas y de la conservación de la naturaleza.

LA AGRICULTURA FAMILIAR EN COLOMBIA Y LOS RETOS PARA EL POSCONFLICTO



Wilson Vergara
Profesor en la Universidad de La Salle



Foto del Observatorio Rural

El año 2014 fue declarado por la Asamblea de Naciones Unidas como el Año Internacional de la Agricultura Familiar, con el propósito de promover la conciencia internacional y contribuir a los objetivos de la erradicación del hambre, la reducción de la pobreza rural, el desarrollo sostenible de las zonas rurales, la seguridad alimentaria y un desarrollo más equitativo y equilibrado del mundo rural.

Entre las diferentes definiciones que se han planteado, podemos entender a la *agricultura familiar* (AF) como un sistema de producción en el que se desarrollan actividades agrícolas y no agrícolas, ya sea dentro o fuera de la unidad productiva, donde la propiedad, la gestión y el trabajo son predominantemente familiares. Este tipo de agricultura, además, produce tanto para el autoconsumo como para el

mercado, y la fuerza de trabajo la aporta principalmente la familia, y se emplea mano de obra contratada. Por otra parte, los ingresos provienen, sobre todo, de las actividades agropecuarias.

Acerca de esta noción, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, s. f.) presentó a su turno la siguiente definición:

La Agricultura Familiar es una forma de organizar la agricultura, ganadería, silvicultura, pesca, acuicultura y pastoreo, que es administrada y operada por una familia y, sobre todo, que depende preponderantemente del trabajo familiar, tanto de mujeres como hombres. La familia y la granja están vinculados, co-evolucionan y combinan funciones económicas, ambientales, sociales y culturales.

En América Latina, la AF fue reconocida oficialmente en 2004, con la creación de la Reunión Especializada de Agricultura Familiar (REAF), para referirse a una categoría de explotaciones agrícolas que esencialmente se fundamentan en el uso predominante de la mano de obra familiar, que gestionaba directamente la producción en pequeñas unidades productivas.

No obstante, diversos estudios han reconocido que la AF presenta un alto grado de heterogeneidad y, por tanto, se han propuesto muchas definiciones. Aparte de las características principales anteriormente descritas, existen otros rasgos señalados en las diversas definiciones. Entre ellos, se destacan la residencia en la explotación, la sucesión generacional, el bajo nivel tecnológico y el carácter predominante de semisubsistencia.

Los procesos de globalización que imperaban en América Latina a finales de la década de los noventa derivaron en la implementación de reformas que tendían a reducir o eliminar las ayudas a los productores de la AF. De este modo, la apertura de mercados favoreció a los agricultores capitalistas que poseían más tierra, capital financiero e información especializada, y se amplió la brecha con la AF. En la década de 2000, sin embargo, se comenzó a prestar mayor atención a estas actividades que, no obstante los impactos del sistema capitalista, persistían exhibiendo grandes fortalezas.

Esta resiliencia de la AF se basa en sus microeficiencias muchas veces subestimadas cuando no ignoradas en las políticas públicas. Sus conocimientos ancestrales sobre el territorio y el contexto agroecológico; la implementación de una agricultura de alto valor, de gran diversidad y poca dependencia de insumos externos a la finca; la utilización de mano de obra familiar abundante, flexible y con mayor grado de compromiso, y un perfecto control de los recursos (tierra, agua y material genético) le

permiten una amplia flexibilidad y capacidad de adaptación que se constituye en la clave de su persistencia.

Las contribuciones de la AF a la sociedad global son enormes por sus aportes a la seguridad alimentaria mundial, la producción de alimentos tradicionales, la generación de empleo, la cultura e identidad de los pueblos, la conservación de los recursos naturales y la biodiversidad. Así, tenemos que en América Latina y el Caribe el 81,3 % de las explotaciones agrícolas son de AF, con alrededor de 16,5 millones de explotaciones que albergan 60 millones de personas. La superficie ocupada por la AF en América Latina y el Caribe corresponde al 23 % del suelo con vocación agropecuaria y produce alrededor del 50 % de los alimentos.

En Colombia, de las 2 021 895 explotaciones agrícolas, 1 584 892 pertenecen a explotaciones de AF, lo que corresponde al 78,4 % del total de explotaciones. De los 51 millones de hectáreas de uso agropecuario en Colombia, cerca de 7 millones corresponden a AF, para un promedio de 4,48 de hectáreas por unidad productiva familiar. Algunos estudios señalan que la AF en Colombia produce entre el 50 y el 60 % de los alimentos de la canasta básica y emplea al 57 % de la población rural. De los 11 millones de colombianos que viven en las zonas rurales, 9 millones pertenecen a la AF, y el 80 % son pobres.

La heterogeneidad de la AF se deriva de las diferencias en la dotación de factores productivos, principalmente tierra y agua, y de bienes públicos, como infraestructura, crédito, asistencia técnica y educación. Esto ha generado tipologías que van desde la agricultura de autoconsumo y subsistencia hasta aquella agricultura que genera excedentes y se inserta perfectamente en los mercados. La tipología más usada define tres categorías: *agricultura familiar de subsistencia* (AFS), *agricultura*

familiar en transición (AFT) y agricultura familiar consolidada (AFC).

La AFS, en la que predominan el autoconsumo, el empleo extraparcelario agrícola y no agrícola y una tendencia a la “descomposición y asalarización”, es la de mayor predominancia en América Latina. Alrededor del 60 % de las explotaciones en la región están en el segmento de AFS con una muy baja productividad, ya que solo producen el 20 % del total de la producción de la AF. En Colombia, la AFS corresponde al 79,4 % del total de explotaciones en AF. En general, se localizan en suelos pobres de ladera, sin agua y sin acceso fácil a los mercados.

La AFT posee mayores recursos agropecuarios para el autoconsumo y la venta. Estos recursos, aunque si bien son suficientes para la reproducción de la unidad familiar, no alcanzan para generar excedentes para una reproducción ampliada. A este segmento pertenecen el 28 % de las explotaciones y producen el 30 % del total de la AF en América Latina. En Colombia, la AFT corresponde al 12,9 % del total de predios de AF.

En el otro extremo, se encuentra la AFC, que dispone de un mayor potencial de recursos agropecuarios que le permiten generar excedentes para la capitalización de su vida productiva. En América Latina, los predios de la AFC corresponden al 12 % del total de predios de la AF, los cuales responden por el 50 % de la producción en AF. Llama la atención que en Colombia es tan solo el 7,7 % del total de la AF.

Estas cifras evidencian que la AF consolidada es muy productiva, incluso en comparación con la agricultura netamente capitalista de mediana y gran escala, que utiliza mano de obra preponderantemente asalariada. La razón fundamental subyace en una mayor disposición de factores productivos, bienes públicos y acceso a los mercados. La



Foto del Observatorio Rural



AF logra una mayor productividad pese a que sus dotaciones de tierra y capital son deficientes en comparación con la agricultura capitalista. La mano de obra familiar le otorga ventajas en la flexibilidad productiva que le ha permitido resistir y adaptarse al avance del capitalismo global.

La agricultura de subsistencia enfrenta dificultades aún mayores. La gran proporción de este segmento de AF es un fenómeno de exclusión que devela la ausencia del Estado y su olvido del mundo rural. Las fallas en la estructura institucional han favorecido la concentración de la tierra en Colombia, y la gran mayoría de los productores familiares se han quedado gravitando en la periferia, sin acceso

a bienes públicos y desconectados de los mercados. En el caso colombiano, la evidencia empírica mostrada por el reciente estudio de José Leibovich et al. (2017) confirmaron que cuando los pequeños productores tienen información especializada, transporte, créditos, derechos de propiedad, contratos de compraventa, riego y otros bienes públicos, su productividad se multiplica. En general, este estudio demostró que los pequeños productores logran ser más productivos que los grandes por unidad de área, pero sus tierras son insuficientes, y, en consecuencia, en ellos se aloja la mayor parte de la pobreza rural colombiana.

El actual contexto de posconflicto en Colombia es una buena razón para reflexionar acerca de estas cifras que revelan su gran importancia. Mientras la AF continúe invisibilizada en el modelo de desarrollo del país, el actual proceso de paz será un espejismo más en nuestra historia. No se pueden ignorar a 9 millones de colombianos, cuyo mayor activo es su mano de obra familiar, con la que ponen en nuestra mesa el 50% de los alimentos que comemos, y que además son responsables de una cultura invaluable y de la gestión de un patrimonio natural que son la mayor herencia para las futuras generaciones de colombianos.

Bibliografía

- Food and Agriculture Organization of the United Nations. (s.f.). *Agricultura familiar: alimentar al mundo, cuidar al planeta*. Recuperado de <http://www.fao.org/republica-dominicana/programas-y-proyectos/historias-de-exito/agricultura-familiar/en/>
- Leibovich, J. et al. (2017). *La asociatividad como estrategia para mejorar el bienestar de los pequeños productores rurales y sus familias. El crédito asociativo y cooperativo como estudio de caso* [presentación en Power Point]. Recuperado de http://www.infi valle.gov.co/portal/virtual/config/uploads/Credito_Asociativo.pdf

LA GANADERÍA EXTENSIVA



Wilson Vergara
Profesor en la Universidad de La Salle

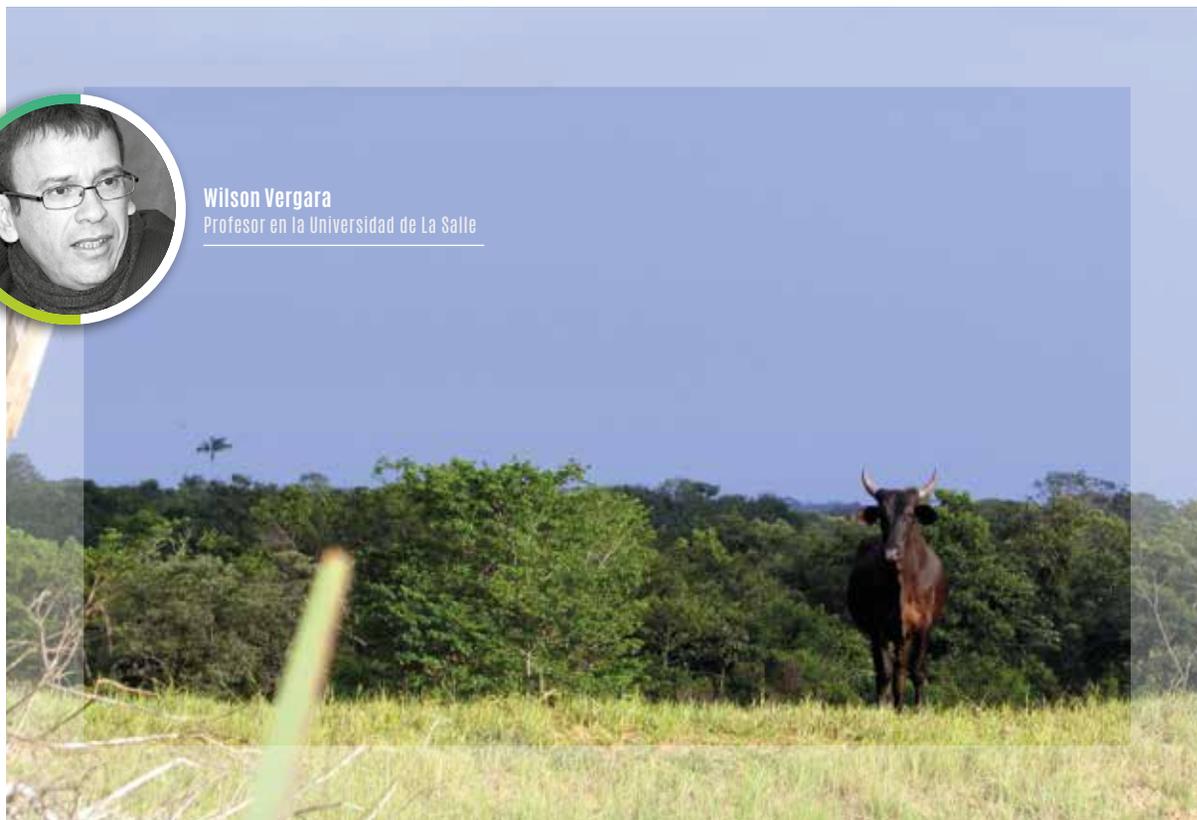


Foto de Paula Forigua

La ganadería extensiva es una actividad que se caracteriza por bajas inversiones en los sistemas de pastoreo, baja capacidad de carga y fuerte estacionalidad por la alta dependencia del régimen climático. Suele situarse en zonas de frontera agraria, con vías de acceso precarias, alejadas del mercado y de los servicios públicos prestados por el Estado. En general, estos sistemas están localizados en tierras de menor calidad, aunque no siempre, y el hecho de ocupar tierra con potencial agrícola o forestal es uno de los principales problemas que se le atribuyen a la ganadería extensiva. También, en las regiones donde es mayor la ausencia de las instituciones del Estado, se generan condiciones para el conflicto y la disputa de los territorios donde suele aparecer, casi siempre, la ganadería extensiva.

La ganadería extensiva es una actividad agropecuaria que requiere mucha tierra en pastos para producir bovinos. Esto se debe a que su nivel tecnológico es muy bajo, ya que no se utilizan pastos mejorados ni suplementación alimentaria, y no hay fertilización, rotación de potreros ni uso de biotecnologías reproductivas. Asimismo, existe escasa inversión en infraestructura y maquinaria y poco uso de mano de obra. En general, la ganadería extensiva es sindicada de generar una alta presión sobre los recursos naturales, como biodiversidad, agua y bosques.

La ganadería es la actividad predominante en todas las regiones del país. Los pastos cubren el 78% en la costa atlántica, el 50% en el occidente, el

62 % en el centro oriente y el 82 % en el piedemonte llanero. Según el tamaño de predios, la ganadería ocupa el 58 % en los pequeños, el 65 % en los medianos y el 90 % en los grandes. Se destaca el hecho que en los predios pequeños predomina la ganadería. Sin embargo, los predios pequeños son los que más trabajan el suelo en agricultura de cultivos con el 27 %, mientras que los predios grandes solo dedican el 0,6 % a la agricultura. Estas estadísticas ponen en evidencia una tendencia: conforme aumenta el tamaño de los predios, aumenta la proporción del área dedicada a ganadería y disminuye la de agricultura. El problema fundamental es que la ganadería extensiva ocupa territorios que podrían utilizarse en agricultura. Las cifras varían según la fuente: la Federación Nacional de Ganaderos (Fedegán) se comprometió a entregar 10 millones de hectáreas para cultivos, pero según el Ministerio de Agricultura deberían ser 20 millones, y de acuerdo con la Unidad de Planificación Rural Agropecuaria (UPRA), deberían ser 30 millones.

El Observatorio de Cadenas del Ministerio de Agricultura estimó que el hato colombiano, con aproximadamente 25 millones de cabezas, está conformado por 14 millones en producción de carne, cerca de 10 millones en doble propósito y un millón en leche especializada. En Colombia, la ganadería extensiva nunca opera en sistemas de confinamiento especializados en producción de leche o ceba intensiva. Se descartan, también, en la mayoría de los casos, el pastoreo extensivo mejorado y el intensivo suplementado. Los dos sistemas ganaderos más característicos de la ganadería extensiva son: a) el sistema extractivo, con cría y levante, y b) el sistema de pastoreo extensivo tradicional, con cría y levante, cría con ordeño y ciclo completo.

La clasificación de las fincas ganaderas de acuerdo con su nivel tecnológico, realizada por Fedegán, tipificó los sistemas ganaderos de acuerdo con su

tecnología, así: nivel tecnológico bajo, medio y alto, de acuerdo con si se utilizan riego, pastos mejorados, suplementación, tecnologías reproductivas, mecanización, rotación de potreros y registros, entre otras prácticas. Las fincas ganaderas son muy heterogéneas tecnológicamente; sin embargo, el nivel tecnológico bajo, característico de la ganadería extensiva, es responsable de los pobres indicadores productivos promedio del hato colombiano.

La capacidad de carga (número de unidades de gran ganado por hectárea), de acuerdo con Fedegán, es en promedio de 0,6, muy baja en comparación con Uruguay o Brasil, países que también basan su ganadería en pastoreo. Sin embargo, en los sistemas de bajo nivel tecnológico, es de 0,4, y en los de alto nivel tecnológico es de 1 o más. El peso al nacer es de 40 a 50 kg en nivel alto; mientras que en el nivel bajo es de 25 a 30 kg. La ganancia diaria de peso en el promedio nacional es de 350 g por animal al día, mientras que en Argentina es de 550 g al día; no obstante, en los sistemas extensivos colombianos, este parámetro puede ser de tan solo 250 g de ganancia diaria por animal. El intervalo entre partos está entre 600 a 700 días en el nivel tecnológico bajo, mientras que en el nivel tecnológico alto está entre 400 a 500 días.

Un parámetro tecnológico de comparación muy importante es la tasa de extracción (porcentaje de animales del hato que se venden cada año), que en Colombia es del 14 %, porcentaje que se encuentra muy por debajo de las tasas de extracción registradas por los países líderes como Estados Unidos (38 %), Australia (31 %), Nueva Zelanda (41 %) o Argentina (25 %). En promedio, Colombia produce 125 kg de peso vivo por hectárea, mientras Argentina produce 250. Estos parámetros demuestran el deficiente nivel tecnológico de la ganadería colombiana dominada por sistemas extensivos que ocupan la mayor parte del suelo de uso agropecuario.

TENDENCIAS RECIENTES DE LOS CULTIVOS AGROINDUSTRIALES EN COLOMBIA



Armando Corredor
Economista, máster CUNY
Profesor universitario

Foto del Observatorio Rural

Los cultivos agroindustriales están llamados a desempeñar un papel de significativa importancia para atraer la inversión en el campo sin los problemas de inseguridad y violencia de otros tiempos y, ante todo, para responder a la urgente necesidad de aumentar las exportaciones y contribuir a despetrolizar la economía.¹

Los incomparables recursos naturales del país, muchos de ellos inexplorados, así como el dinamismo de la clase media, son factores de interés comercial para la agroindustria alimentaria y también razones de peso en la agenda de los inversionistas internacionales. No obstante, año tras año solo se escucha que la política agrícola continúa centrada en temas de corto plazo, como la negociación de

los precios de las cosechas, la distribución de las rentas derivadas del crédito y los incentivos institucionales para el sector. Estos temas impiden ver una perspectiva de mayor alcance.

Este artículo analiza el comportamiento global de estos cultivos en este siglo en Colombia, y distingue el tipo de mercado al que se dirigen sus productos, con el fin de ofrecer un contexto a las discusiones sobre su potencial y evaluar la conveniencia de adoptar estrategias diferenciadas de política según este criterio. Se presentan algunas tendencias en su comportamiento reciente y se compara su crecimiento frente al producto interno bruto (PIB) y las importaciones para dimensionar el dinamismo de los mercados locales que

¹ Se adopta la clasificación de productos acordada por el Comité Editorial del *Magazín*.

los cultivadores locales, en especial los de granos, cereales y oleaginosas, no logran aprovechar.

Menor dinamismo productivo que el de los cultivos familiares

En relación con el resto del sector agrícola, el primer hecho para destacar es el modesto crecimiento que, en su conjunto, tuvieron los cultivos predominantemente agroindustriales frente al de los cultivos predominantemente familiares.

Mientras el área cosechada de cultivos agroindustriales tuvo un aumento del 1,14% anual, su producción creció en un 1,18% anual.² En cambio, los cultivos predominantemente familiares crecieron el 1,58% en área y el 2,9% en producción (tabla 1).³

Esto indica que el desempeño productivo de los cultivos agroindustriales, en su conjunto, no ha sido el más dinámico, a pesar del auge de los precios internacionales de los alimentos y a los cuantiosos apoyos otorgados al sector empresarial en la década pasada que incentivaron la inversión y las siembras comerciales; también, a pesar de la mayor devaluación de la tasa de cambio en los últimos años que compensó la caída de los precios. Esta conclusión se hace más contundente si se compara

el desempeño productivo de estos cultivos con el aumento anual promedio del 4,3% del PIB de 2000 a 2013 y del 3,1% de 2014 a 2016. Frente a ellos, el crecimiento de la producción de los cultivos agroindustriales, en especial los que deberían beneficiarse en mayor medida del auge económico local, es muy bajo. Por eso, el crecimiento de la demanda agregada aparentemente ha venido impulsando más la producción de los cultivos familiares.

La orientación de mercado determinó desempeños diferentes

Al analizar los cultivos agroindustriales según su orientación de mercado, se encuentran comportamientos diferentes que es necesario tener en cuenta para desarrollar políticas apropiadas.

Los cultivos agroindustriales de vocación exportadora ampliaron el área cosechada en 1,66 millones de hectáreas y aumentaron su participación en el grupo del 40% al 75%.⁴ Por otro lado, el área de los cultivos agroindustriales destinados al mercado interno, en especial cereales y oleaginosas, vinculados a la industria de fabricación de alimentos humanos y animales, disminuyó en 81 000 ha, lo que redujo su participación en el área del grupo del 69% al 51% (tabla 2).

² El aumento del área de cultivos agroindustriales aumenta un 3,9% anual si se incluye el área sembrada con especies forestales en 2016 (621 339).

³ El crecimiento del área en cultivos familiares sube a un 4,5% anual si se incluyen en este grupo 1,5 millones de hectáreas de frutales reportadas en el Censo Nacional Agropecuario. Como no se tienen datos confiables para hacer las demás comparaciones, ni el área reforestada ni los frutales se incluyen en las tablas.

⁴ El término *vocación exportadora* se asocia con su potencial de crecimiento en el mercado mundial, más que con el peso específico de las exportaciones en coyunturas determinantes. Así, por ejemplo, aunque el azúcar y el aceite de palma coloquen actualmente la mayor parte de su producción en el mercado interno por efecto de la regulación para biocombustibles, esto no cambia su perspectiva exportadora, tal como sucedía antes de haberse creado este mercado.

Tabla 1. Distribución del área y la producción agrícola, según tipo de productor**Año 2000**

	Área (ha)*	%	Producción (t)	%
Agroindustrial 	1.168.255	35	7.564.076	40
Familiar 	2.126.582	65	11.550.789	60
Total 	3.294.837	100	19.114.874	100

Año 2016

	Área (ha)*	%	Producción (t)	%
Agroindustrial 	1.401.291	34	9.134.101	33
Familiar 	2.733.389	66	18.233.081	67
Total 	4.134.679	100	27.367.182	100

Fuente: elaboración propia basándose en MADR, DNP-DDRS, CNA, 2014, y SAC.

Tabla 2. Distribución del área y la producción de cultivos agroindustriales en Colombia, 2000-2016

Año 2000				
	Área (ha)*	%	Producción (t)	%
Cultivos del mercado local	802.411	69	3.095.891	4
Arroz 	515.708	44	2.448.046	32
Maíz tecnificado 	213.713	18	543.682	7
Oleaginosa 	72.990	6	104.162	1
Cultivos de exportación	365.844	31	4.468.185	59
Azúcar 	184.968	16	2.295.303	30
Palma de aceite 	134.772	12	477.940	6
Banano 	41.086	4	1.523.983	20
Flores 	5.000	0	170.959	2
Cultivos agroindustriales	1.168.255	100	7.564.076	100
Año 2016				
	Área (ha)*	%	Producción (t)	%
Cultivos del mercado local	720.627	51	3.664.714	40
Arroz 	461.004	33	2.971.587	33
Maíz tecnificado 	224.931	16	582.122	6
Oleaginosa 	34.692	2	111.025	1
Cultivos de exportación	680.664	49	5.469.387	60
Azúcar 	208.177	15	2.132.070	23
Palma de aceite 	415.398	30	1.497.295	16
Banano 	48.243	3	1.615.021	18
Flores 	10.846	1	255.000	2
Cultivos agroindustriales	1.401.291	100	9.134.101	100

Fuente: elaboración propia basándose en MADR, DNP-DDRS, CNA, 2014, y SAC.

De esta forma, buena parte del dinamismo en el crecimiento de cultivos del grupo radica en nuevos nichos de mercado para algunos productos tropicales, como los aceites vegetales, los frutales y las especies forestales.⁵ Los cultivos tradicionales de exportación del grupo, como el azúcar, el banano y las flores, solo crecieron en 34 000 ha y su producción, con excepción de la de las flores (que aumentó un 1,7%), creció menos del 1%. Estas tendencias del mercado indican, en principio, hacia qué rubros debería apuntalar la política de crecimiento agrícola.

Cultivos orientados al mercado interno mejoraron rendimientos

Al comparar el desempeño productivo de los cultivos agroindustriales orientados al mercado interno con el de los cultivos agroindustriales de vocación exportadora, se observa una tendencia diferente a la que tuvo la superficie cosechada de ellos.

La producción de cultivos agroindustriales orientados al mercado interno, en su conjunto, creció un 1,1% anual, muy cerca del 1,3% anual, en el que crecieron los cultivos de vocación exportadora y, pese a la disminución del área cosechada, aún continúa representando el 40% de la producción de cultivos agroindustriales.

La mayor producción de los cultivos agroindustriales orientados al mercado interno en 2016 se explica, ante todo, por los apoyos recientes del Plan Colombia Siembra al cultivo de arroz, el cual logró

aumentar ese año los rendimientos en una tonelada frente al promedio de 5,36 toneladas que había alcanzado en 2000-2013.⁶ La producción superó en 500 000 toneladas la del promedio anual de ese periodo, y se obtuvo en 100 000 ha menos.

La producción de otros cultivos como el maíz tecnificado y la soya también ha venido creciendo en respuesta a la inversión privada en siembras de alta tecnología y proyectos agroindustriales de alta integración vertical, especialmente en la zona de la Altillanura. Las nuevas siembras también han respondido a incentivos de comercialización establecidos por el Gobierno. Estos cultivos tienen un potencial importante para sustituir las principales importaciones agrícolas.

En conclusión, aunque la superficie sembrada de cultivos agroindustriales orientados al mercado interno se ha reducido, sus rendimientos han aumentado a pesar del entorno comercial y climático adverso.

¿Deficiente integración de la cadena agroalimentaria de granos, cereales y proteína animal?

Al considerar el significativo y constante crecimiento de las importaciones de alimentos de esta cadena productiva durante todo el periodo, el crecimiento de 1,1% en la producción local no parece despreciable. Sin embargo, visto frente al aumento de la demanda, refleja la magnitud del

⁵ Según el Censo Nacional Agropecuario, el área sembrada con especies forestales ascendía en 2014 a 621.339 hectáreas, y la de frutales, a 1,5 millones.

⁶ Rendimiento promedio ponderado por la participación en 2013 de las superficies cosechadas de arroz riego mecanizado, arroz riego manual y arroz seco manual.



Foto de 123rf.com

mercado interno que estos cultivos no logran captar por el permanente menor costo que obtiene la industria nacional de alimentos importando sus materias primas.

El crecimiento del 8 % anual de las importaciones agropecuarias del país en 2000-2008 y del 2,3 % en 2010-2016 refleja el dinamismo que ha tenido la demanda agregada de los alimentos que consumen los colombianos. El 25 % de las importaciones corresponde a cereales destinados tanto al consumo humano como animal; el 14,6 %, a oleaginosas y aceites vegetales, y el otro 41 %, a productos de la industria alimenticia.

La evolución de la producción pecuaria en el periodo 2000-2013 explica buena parte del crecimiento continuo de estas importaciones. Las ramas de la producción pecuaria más dinámicas fueron, en esos años, carne de pollo, que creció un 6,6%; huevo, que creció un 4,4%, y carne de cerdo, que creció un 14,3%. Este crecimiento se redujo en 2016, pero siguió siendo alto, con un 3,8% para pollo, un 6,6% para huevo y un 12,4% para carne de cerdo.

Estos datos nos dan una idea de la magnitud del mercado interno que los cultivos agroindustriales orientados al mercado local no logran penetrar

por el grado de desintegración de este complejo agroalimentario.

¿Por qué crece tan poco la producción de los cultivos agroindustriales de exportación?

La producción de este grupo ha crecido proporcionalmente menos que el área. Mientras la superficie aumentó un 4,4 % anual en el periodo y aumentó su participación en el grupo del 31 % al 49 %, su producción solo aumentó un 1,3 % anual.

Esto se debe, en parte, al ciclo más lento de maduración de los cultivos permanentes hacia los que se ha orientado la inversión en siembras, lo cual da pie a esperar un crecimiento mayor de su producción en los próximos años. Fenómenos climáticos y la enfermedad de pudrición de cogollo de la palma de aceite en varias regiones han afectado, sin duda, la producción de este grupo.

En principio, parece obvio que los cultivos agroindustriales de orientación exportadora atraigan más inversión que los cultivos del mercado local,

debido al mayor tamaño y el crecimiento del mercado internacional. Y, en efecto, esto parece haber sucedido, pero las inversiones de este grupo se han orientado más hacia la compra de tierras para desarrollar nuevas siembras que hacia la inversión tecnológica en productividad.

En cambio, las cifras nos muestran que la producción agroindustrial con vocación exportadora solo creció un 1,3 % anual, una cifra mucho menor al crecimiento del 8 % anual del mercado local para cultivos agroindustriales, como los cereales, granos y oleaginosas. Esto nos da un mejor contexto para evaluar cuál es el mejor mercado para el productor.

Conclusión

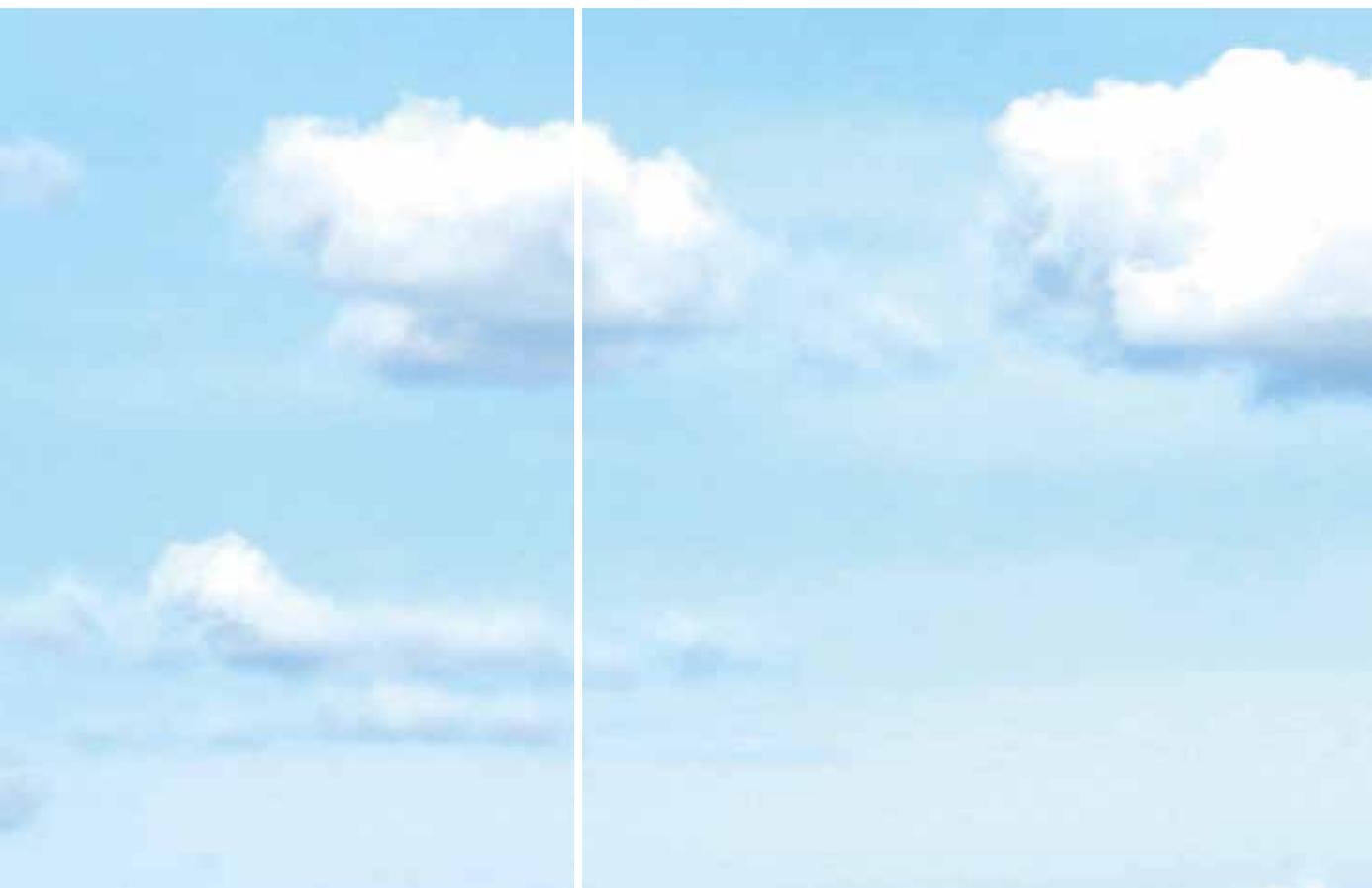
¿Por qué el crecimiento de los cultivos agroindustriales fue de solo el 1,1 % anual, en medio del auge económico reciente?

Aparte de la situación particular de cada cultivo, es una pregunta que nos lleva, entre otros, a temas relacionados con las fuertes ayudas que reciben la producción y la comercialización de estos cultivos o sus sustitutos en los países desarrollados, las regulaciones del comercio internacional y, sin duda, la estructura social de sus productores, asuntos que desbordan el alcance de este artículo.

Baste concluir hasta aquí, entonces, que el desempeño de los cultivos agroindustriales del país muestra dinámicas distintas de crecimiento en siembras y en productividad, según la orientación de mercado de los cultivos, lo cual sugiere la necesidad de adoptar políticas diferenciadas para procurar su desarrollo. Preferiblemente, orientándola hacia esquemas intensivos de mejoramiento tecnológico que aumenten la productividad por hectárea, como ha ocurrido en los cultivos agroindustriales orientados al mercado interno y menos dependientes en la expansión de las siembras.



Foto de Paula Forigua



UNA FINCA PRODUCTORA DE LECHE QUE CONSERVA LOS BOSQUES DE LAS LADERAS ANDINAS



Claudia Durana Rimgalia
Ganadera y doctorante en Estudios Ambientales
y Rurales, Pontificia Universidad Javeriana

Foto de Claudia Durana

La zona andina y altoandina incluye ecosistemas estratégicos de alta importancia para los servicios hidrológicos y para la conservación de la biodiversidad. La ganadería de leche en estas regiones abarca alrededor del 25% de la superficie ganadera nacional y abastece cerca de la mitad de la leche producida en el país a partir de un modelo tecnológico basado en alta genética, forrajes foráneos, fertilizantes químicos y concentrados importados. En la actualidad, su sostenibilidad se ve amenazada por la variabilidad climática, las condiciones del mercado internacional de la leche, los precios de los insumos requeridos dentro de este modelo y los impactos que genera sobre sus propios ecosistemas. La finca El Silencio está ubicada en las laderas del municipio de San Francisco,

Cundinamarca, entre 2650 y 2850 msnm, en el noroccidente de la sabana de Bogotá, vertiente del río Magdalena, en una zona rural en la que predomina la ganadería de leche. Es una zona que se caracteriza por tener altos niveles de biodiversidad y endemismos, y por ser de gran importancia para la prestación de servicios ecosistémicos a la sociedad, como la regulación hídrica, el mantenimiento de la calidad del agua y la captura y el almacenamiento de carbono.

El Silencio es una finca de tipo empresarial-familiar, dedicada a la conservación y la producción, que tiene como objetivo desarrollar sobre el terreno una propuesta de ganadería económica y ecológicamente sostenible en laderas altoandinas que

todavía conservan ecosistemas naturales con altos niveles de biodiversidad. Ocupa 114 ha en la parte alta de la cuenca del río Negro, de las cuales se conservan 43 de bosque nativo (el 37 % del predio). Se han restaurado en los últimos veinte años cerca de 25 ha (el 22 % del área total de la finca) y se han establecido 4 km de cercas vivas. En estas dos décadas, se ha liberado una tercera parte (el 34 %) del área antes dedicada a la producción ganadera para dedicarla a la ampliación y la conectividad de ecosistemas naturales y la protección de fuentes hídricas.

A su vez, y a pesar de la reducción del área en potreros, la producción de leche ha aumentado en las últimas dos décadas en cerca de un 50 %, cosa que ha hecho posible un equipo humano capacitado y motivado por las excelentes relaciones humanas. Los trabajadores reciben, adicionalmente, incentivos por sus logros. En promedio, se ordeñan 38 vacas y se producen 750 l de leche al día que se integran a la cadena agroindustrial láctea. Se maneja la producción lechera con la división de zonas de pastoreo, cercas eléctricas, acueductos ganaderos, rotación de potreros, conformación de grupos de ganado según su ciclo biológico, mejoramiento del manejo en crianza y levante, buenas prácticas de ordeño, fertilización orgánica e introducción de forrajes diversos y funcionales.

La finca El Silencio hace parte del proyecto de Ganadería Colombiana Sostenible en Calidad de Finca Demostrativa. Con apoyos recibidos por este proyecto, se están implementando sistemas silvopastoriles en diferentes arreglos, entre ellos setos de tilo (*Sambucus peruviana*) como especie forrajera, combinada con árboles de aliso (*Alnus accuminata*), cercas de *Acacia melanoxylon* y otras especies. Con ello se pretende avanzar en la sostenibilidad, mediante la producción de proteína para el ganado *in situ*, a la vez que se avanza en el manejo agroecológico de plagas, el mejoramiento



Foto de Claudia Durana

de condiciones microclimáticas y la protección del suelo. Así, se proyecta una reducción de costos y un aumento de la productividad, a la vez que se promueve la conservación de la biodiversidad y de los servicios ecosistémicos a escala de paisaje mediante la conformación de una matriz productiva de base agroecológica y la protección y conectividad de los bosques.

Esta finca, al igual que algunas otras en esta y otras regiones del país, demuestra que se puede hacer ganadería ecológicamente sostenible en zonas en las que el ganado con un manejo convencional produce un impacto severo sobre el medio ambiente. Esta finca demuestra, también, que estos modelos de producción conservacionistas son un buen negocio para el ganadero y que resultan más rentables aun cuando los empleados son humanamente motivados a trabajar en equipo en función de objetivos que benefician a la empresa y a ellos mismos. Pero hay otro beneficio que es tal vez el más importante: la enorme satisfacción que produce saber que las generaciones futuras van a recibir la tierra que hoy se está utilizando en mejores condiciones que cuando se comenzó, hace veinte años, a cambiar la forma de trabajarla.

VOCES

1

2

3

Artículos:

*Ganadería extensiva: la visión
de los ganaderos*

Alfredo García Burgos

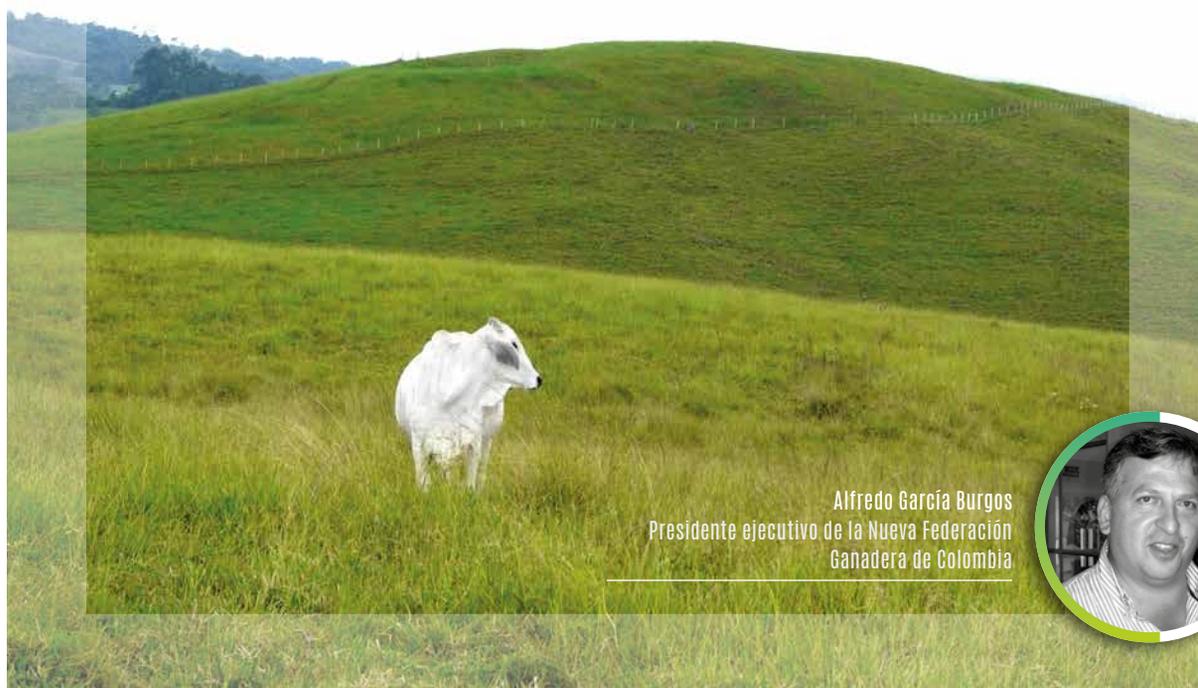
*La agricultura familiar garantiza
la alimentación y la preservación
del medio ambiente*

Wilson Vergara

*La necesidad de empresarizar la
producción agropecuaria*

Jorge Enrique Bedoya

GANADERÍA EXTENSIVA: LA VISIÓN DE LOS GANADEROS



Alfredo García Burgos
Presidente ejecutivo de la Nueva Federación
Ganadera de Colombia

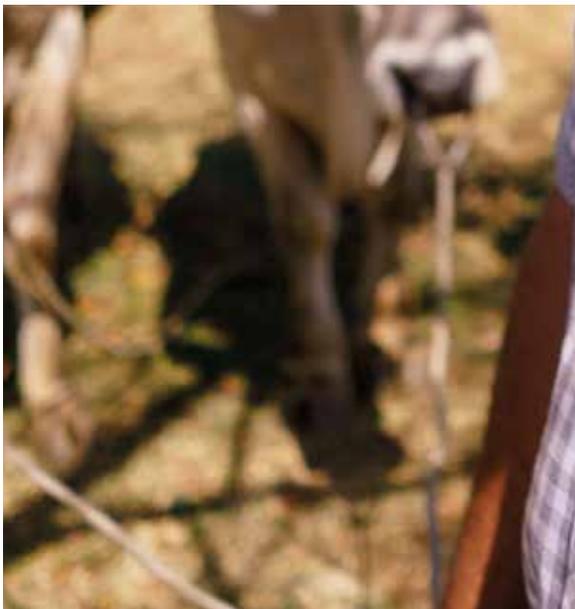
Foto de Paula Forigua

En el territorio nacional colombiano, se puede decir, existen dos tipos de ganadería extensiva. Una de ellas es la que se puede implementar en grandes extensiones de tierra para ser explotada de manera tecnificada y generar así valor y desarrollo regional, es la que se realiza en países como Estados Unidos o Brasil, en el trópico. No obstante, es preciso mencionar que en Colombia no existe este modelo de ganadería porque no ha habido una política de incentivos que promueva grandes inversiones para nuestro sector en este tipo de explotación. Dicho lo anterior, se puede señalar que sería posible realizar la ganadería extensiva en la región de la Orinoquía, por las condiciones climáticas y de pasturas de la zona. Hoy, que Colombia es reconocida como una de las despensas

de alimentos del mundo, la región tiene un futuro muy promisorio para que en esas tierras inexploradas se desarrolle una verdadera ganadería.

Ahora bien, la otra ganadería extensiva de la que podemos hablar es la que desarrollan los pequeños, medianos y grandes ganaderos, la cual subutiliza la tierra, debido en parte a la no tecnificación de la actividad y a la falta de inversión de capital para implementar las grandes cargas de animal por área de trabajo, de manera que el sector no percibe una verdadera rentabilidad frente a las potencialidades que ofrece la tierra. Por eso, allí hay que buscar un componente de alianza entre el Estado y el sector productivo para hacer una verdadera política ganadera coherente con las necesidades

que tienen los productores, porque la realidad de la actividad ganadera es que la gran mayoría de los productores son pequeños y la ejercen como un medio de subsistencia. Hoy, cuando se están abriendo nuevos mercados para la carne y la leche producida en Colombia, las oportunidades son muy grandes, más cuando día a día el mundo entero demanda más de la proteína animal para obtener una alimentación balanceada. Por tanto, es prioritario que articulemos acciones con el Estado para producir más y para que las medidas que toma cada gobierno sean favorables para el sector ganadero.



A nuestra actividad la han azotado todas las inclemencias que han llegado al sector rural: desde los grupos alzados en armas, la delincuencia común, el narcotráfico, los fenómenos naturales y las malas políticas agropecuarias de los gobiernos de turno que conducen al desplazamiento en nuestra actividad. Sin embargo, continuamos brindando crecimiento y bienestar social al campo colombiano, donde se puede implementar la ganadería extensiva en tierras y de manera tecnificada para los ganaderos de vocación. Nosotros le apostamos a la explotación de la ganadería en grandes extensiones de tierra, pero, a su vez, buscamos mejorar los índices de productividad de pequeños, medianos y grandes ganaderos para seguir desarrollando la ganadería que todos soñamos en Colombia.

Foto de Diego Vito Cervo, en 123rf

LA AGRICULTURA FAMILIAR GARANTIZA LA ALIMENTACIÓN Y LA PRESERVACIÓN DEL MEDIO AMBIENTE*



Jesús Alberto Castilla
Senador

Foto de Paula Forigua

Para que el Estado garantice la soberanía, la seguridad alimentaria y el acceso al agua y la conservación de los recursos naturales, debe apoyar a la agricultura familiar. Por el contrario, como la agroindustria se orienta hacia los monocultivos a gran escala, pone en riesgo de inmediato la alimentación de una sociedad. El modelo agroindustrial destruye la posibilidad de una agricultura que puede sostener realmente al país. Los agroindustriales y el Gobierno han argumentado que el campesinado, el pequeño productor, es improductivo, perezoso. Por esta razón, la decisión gubernamental es invertir en apoyar a la agroindustria, a la producción a gran escala.

La Ley de las Zonas de Interés de Desarrollo Rural Económico y Social (Zidres) somete al campesinado a un modelo agroindustrial, lo obliga a asociarse, y eso no le hace bien a la seguridad alimentaria del país ni a la salud pública ni al ambiente. Este modelo quiere acabar con el campesinado, lo cual significa acabar con la posibilidad de tener alimentos. Cuando se dice que el campesino es un empresario, que hay que hacerlo competitivo, se tiene la idea de que este se reconoce como pobre, que reproduce la pobreza; sin embargo, hay estudios muy serios que han demostrado que la agricultura familiar es la única posibilidad de superar la línea de pobreza, que los salarios obtenidos en

* Extractos de la transcripción del Primer Foro de Ruralidades y Territorialidades del Observatorio Rural de la Universidad de La Salle (septiembre de 2017).



Foto de 123rf

la producción de la familia dedicada a la economía campesina superan con margen considerable la línea de la pobreza. Entonces hay que quitarnos de la cabeza la idea de que el campesino es pobre, improductivo y perezoso.

La ganadería extensiva ocupa unas tierras que deberían utilizarse y reconvertirse para la agricultura. La ganadería extensiva es excluyente porque la agricultura familiar requiere de tierra. Ahora bien, la solución no es pasar la ganadería al modelo agroindustrial.

En este momento en que Colombia confía en el proceso de paz, hay que pensar en el acceso a la tierra que no está garantizada para el campesinado. La posibilidad de construir paz no consiste en entregarle al gran empresario los territorios. Yo me quedo con la economía campesina, entendiéndola como un componente de la agricultura familiar, pero creo que es ahí donde está la posibilidad de recomponer esta sociedad y de garantizarles alimentación a los colombianos y colombianas.

LA NECESIDAD DE EMPRESARIZAR LA PRODUCCIÓN AGROPECUARIA*



Jorge Enrique Bedoya
Presidente de la Sociedad de
Agricultores de Colombia

Foto de Rosana Silva

Yo no creo que sea justo decir que la ganadería extensiva, la economía familiar campesina o la agroindustria son buenas o malas. Si estos tres tipos de explotación, con una visión empresarial, formalización y buenas prácticas agrícolas, ganaderas, pecuarias, ambientales, tienen costos de producción y están orientadas a una rentabilidad sostenible de quien las explota, pueden ser básicamente coexistentes en un sistema de producción en Colombia.

El Estado, al menos desde el concepto que tenemos en la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC), se debe dedicar a la generación de bienes

públicos que les sirvan a todos los ciudadanos. Priorizar con recursos escasos es generar artificialidades en la competitividad sectorial. Lo que se necesita es visión empresarial: reglas de juego estables y muy claras, vías terciarias, infraestructura, formalización laboral para la dignificación del trabajador rural y orientación de mercado. En este país nos acostumbramos a producir para vender y no a vender para producir. Aquí hay que aplicar una lógica de mercado. Si nos quedamos pensando solamente en la producción y en los esquemas de producción, pero sin una lógica de mercado, vamos a quedar fritos.

* Extractos de la transcripción del Primer Foro de Ruralidades y Territorialidades del Observatorio Rural de la Universidad de La Salle (septiembre de 2017).

Conozco empresarios que son menos competitivos que los agricultores familiares. Por eso insisto en que cuando hablamos de economías de escala no queremos decir que la familia no pueda, pero debe empresarizarse: llevar costos, implementar sus buenas prácticas y diferenciar sus productos en un mercado campesino. La ventaja de la ley es que permite la coexistencia de ambos sistemas: el empresario o el agroindustrial, como lo llaman, aprende de la economía familiar campesina y viceversa.



Foto de Rosana Silva

Finalmente, yo creo que hay que desescalar el lenguaje frente a la ruralidad colombiana. Ahora que estamos en la época de dejar los odios y las armas, también es bueno renunciar a ese lenguaje que de alguna manera polariza la situación sobre el campo colombiano. Aquí lo que hay que ver es cuáles son las buenas prácticas, cuál es la capacitación. ¿Por qué la mano de obra no está en la ruralidad colombiana? Primero, por el conflicto; segundo, porque el campo no es rentable, y tercero, porque resultan más atractivas actividades en otras ciudades. Ese es un problema de fondo que ojalá discutamos en una próxima oportunidad.

OPINIONES



1

2

3

Artículos:

El error más grande de la política económica colombiana

Albert Berry

La predominancia de la ganadería extensiva en Colombia: reflexiones para la política pública

Wilson Vergara

Agroindustria, agricultura familiar y ganadería extensiva: ¿modelos de producción excluyentes?

Jaime Forero Álvarez



EL ERROR MÁS GRANDE DE LA POLÍTICA ECONÓMICA COLOMBIANA



Albert Berry
Profesor emérito de la Universidad de Toronto



Foto de 123rf

No haber apoyado a la agricultura familiar ha sido el error de la política pública que más daño le ha causado al país en el último medio siglo. El sesgo en contra de los campesinos es incoherente con el conocimiento acumulado mundialmente, según el cual la agricultura a pequeña escala tiene una productividad promedio de la tierra más alta que la actividad agrícola a gran escala. En el caso de Colombia, hay suficientes estudios que han mostrado lo mismo; me refiero no solo a mis trabajos de la década de los setenta, sino también a los de Mariano Arango, Jaime Forero Álvarez y Alonso Cardona en los años ochenta, y a los más recientes de José Leibovich y Jaime Forero Álvarez y colegas.

En Colombia, con la adopción y adaptación de nuevas tecnologías, la pequeña agricultura familiar ha alcanzado notables aumentos de productividad. Entre los años sesenta y ochenta, hubo avances importantes en panela, papa, frijoles y plátano de exportación. Por su parte, en la horticultura y la fruticultura, además del plátano, el tabaco, el café y la leche, los campesinos han mantenido un continuo proceso de innovación con el cual responden a las crecientes y cambiantes demandas y exigencias del mercado. En no pocos casos cuando llegan las organizaciones del Estado para promover los nuevos paquetes tecnológicos, las comunidades ya han hecho avances tanto en los cambios propuestos como en otros diferentes,

gracias a la intercomunicación entre productores y entre estos y otros actores.

Bajo estas circunstancias, ¿por qué el Estado no ha tenido una política coherente para dotar de tierra y de las condiciones productivas necesarias a los campesinos? En muchas ocasiones, es cierto que la política que genera impactos negativos para unos grupos es al mismo tiempo favorable para otros, de modo que a tal política no se le puede catalogar como un simple error de análisis o de predicción por parte de quienes toman las decisiones. Pero, al mismo tiempo, es demasiado poderosa la idea (producto muchas veces de una interpretación equivocada de la teoría económica) que conduce a la conclusión de que la agricultura a gran escala es más eficiente y, por tanto, tiene mayores potencialidades.

Irónicamente, muchas de las personas que militan contra la pobreza y diseñan políticas con el propósito de eliminarla no son conscientes de las posibilidades económicas de la pequeña agricultura. Con frecuencia, entre aquellos que no tienen ningún interés en la pobreza en sí y las personas que se interesan mucho en ella existe una extraña coincidencia de creencias que los lleva a plantear que la pobreza es el resultado de la falta de capacidad productiva o económica de los pobres. Los que pretenden erradicar la pobreza con frecuencia piensan en la pequeña agricultura en términos de protección social, en lugar de propugnar por una política económica que aumente el ingreso agropecuario de esas familias.

El sesgo intelectual anticampesino se expresa en una resistencia a reconocer las posibles aptitudes de los pequeños productores. Existe, también, la tendencia a despreciarlos, a tener miedo de ellos, a verlos como vulnerables ante la influencia de la guerrilla comunista, etc. Aunque los elementos de este sistema de creencias pueden tener algo de

verdad (ya que existen en el mundo ejemplos de cualquier cosa imaginable), la evidencia empírica deja en claro que esos ejemplos son excepciones y no la regla general. La Guerra Fría y el conflicto intelectual entre el capitalismo y el comunismo han dejado una herencia negativa en el nivel y la calidad de la discusión pública de muchos temas, entre ellos el de la eficiencia económica de la agricultura, y han llevado los planteamientos a un nivel tan simplista que estos solo sirven para oscurecer las cosas.

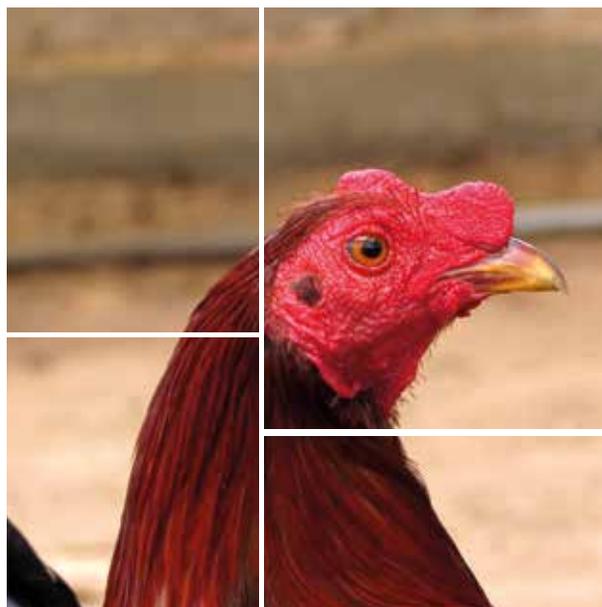


Foto de Paula Forigua

Una política agraria con tan malos resultados como la colombiana se puede explicar por las presiones políticas y gremiales a favor de la gran agricultura; pero es difícil de defender intelectualmente. En la formación de las ideas que apoyan esta política, han sido muy importantes los prejuicios contra el campesino y su capacidad económica, así como la presencia, desde los años sesenta, de modelos de desarrollo en los que la pequeña agricultura no figura como elemento importante. También han incidido de forma importante una serie de malentendidos alrededor de conceptos económicos, como la *eficiencia económica*.

La mayoría de los economistas y otros tecnócratas no entienden bien la eficiencia económica y tienden a confundirla con la productividad del trabajo. El concepto que debe utilizarse es el de *productividad de todos los factores*, calculada con base en los costos de oportunidad de cada insumo. Como en los países en desarrollo el costo de oportunidad de la mano de obra es muy bajo, la agricultura pequeña, que utiliza mucho ese factor de producción, suele ser más eficiente que la grande. Pero incluso esta concepción de la eficiencia económica, relacionada con el aporte al producto interno bruto (PIB) del país, es demasiado estrecha. En realidad, una medida más completa debe incluir la contribución de la unidad agrícola al aumento y al mejoramiento del empleo, a la distribución de ingresos y a la minimización del impacto negativo del proceso productivo en el medio ambiente. Al introducir estos otros elementos, se podrán construir indicadores de éxito de lo que se puede llamar *eficiencia económica ampliada*. Si se utilizaran este tipo de indicadores, las ventajas de la pequeña agricultura familiar aumentarían, al compararlas con las de la agricultura empresarial.

Los colombianos, en parte por la no existencia de un partido consolidado y fuerte de izquierda, no están acostumbrados a los argumentos que se debaten en países cuyos sistemas políticos son más abiertos y en los cuales hay espacio para una gama más amplia de ideas. Esto, junto con la presencia durante cincuenta años de una guerrilla fuerte y poco popular, ha incidido en un diálogo simplista acerca de temas como el acceso a la tierra. Ocurre que se identifican los intentos eminentemente lógicos y obvios de muchos campesinos en defensa de su tierra, como una colusión con una guerrilla marxista. Como desde algún tiempo atrás Colombia es un país netamente urbano, en el que la mayoría de los votantes de las ciudades tienen poco conocimiento del campo, se dejan sorprendentemente fuera del debate político los temas clave de

injusticia rural y de política agropecuaria. Aquellos que ven el mundo en blanco y negro (y que consideran, por ejemplo, que hay que escoger entre sistemas de libre comercio y libertad personal vs. sistemas de planificación central y despotismo) con frecuencia terminan pensando que las únicas opciones en cuanto al sistema agrario son las unidades empresariales grandes y tecnológicamente modernas o un sistema socialista al estilo de la Unión Soviética de hace algunas décadas. Estas personas terminan entonces haciendo el contraste entre dos sistemas ineficientes en términos socioeconómicos y pierden de vista el que mejor funciona: el de pequeños agricultores independientes, quienes aprovechan la asociatividad cuando les sirve y quienes bajo condiciones propicias desarrollan un alto grado de eficiencia económica.

Ha sido muy comentado el bajo gasto público en la búsqueda o la actualización de información sobre el agro colombiano, sobresalen el eterno retraso del catastro y la falta de un buen censo agropecuario durante 54 años (el único de alguna calidad antes de 2014 fue el de 1960). Esta falta de información ha dejado un vacío que en términos netos ha favorecido a quienes prefieren evitar una reforma importante de la política y de la estructura agraria, mientras que a veces ha dejado en las nubes a los encargados del diseño de políticas para el campo.

Entre la información útil del censo agropecuario de 2014 está la evidencia de la mínima generación de empleo en las explotaciones grandes, y, por tanto, el hecho de que estas agravan el problema general de falta de empleo bien remunerado en el país. Hay una relación peligrosa entre la creencia de que es eficiente y, por tanto, deseable que el agro se desarrolle alrededor de unidades grandes y la tolerancia abierta y disfrazada frente a los actos de violencia y despojo que ayudan a avanzar ese modelo, quitándoles a los pequeños la tierra que antes cultivaban.

LA PREDOMINANCIA DE LA GANADERÍA EXTENSIVA EN COLOMBIA: REFLEXIONES PARA LA POLÍTICA PÚBLICA



Foto de Johana Martín

Después de los acuerdos de paz en Colombia firmados en La Habana, el país se comprometió a cerrar la frontera agraria. Un hecho loable si se reconoce que desde la época de la Colonia hasta hoy la constante ha sido expandirla. Si suponemos que ahora el país tiene la capacidad institucional de blindarla, lo cual nunca ha sido posible, no hay duda de que las repercusiones serán considerables para el desarrollo rural. Tarde que temprano la mayor parte de los bosques que se tumban se convierten en pastizales para una ganadería bastante atrasada en términos tecnológicos. Los procesos

de colonización de la frontera agraria han dado como resultado la predominancia de la ganadería extensiva.

El conflicto de uso del suelo agropecuario radica, principalmente, en que una gran proporción de la tierra no se utiliza de manera eficiente y compatible con su vocación agroecológica, y la ganadería extensiva es la expresión más visible del problema. Los datos presentados por la Unidad de Planificación Rural Agropecuaria (UPRA) muestran que el país cuenta con 38 millones de hectáreas en

ganadería, pero que solo 8 millones, de acuerdo con su vocación, deberían estar dedicadas a esta actividad.

La predominancia de la ganadería extensiva, que es una actividad ineficiente en términos económicos y sociales, es el resultado de los incentivos que genera la estructura agraria colombiana caracterizada por la concentración de la tierra. En virtud de su bajo nivel tecnológico, utiliza mucha más tierra de la que se debería para producir un kilogramo de carne. El hecho es que aunque el potencial de la tierra permite producir más animales por hectárea, no existen incentivos para que “el ganadero” eleve la productividad.

La ineficiencia económica de la ganadería en Colombia, dominada por sistemas extensivos, se manifiesta en que existen 23 millones de cabezas, las mismas que hace treinta años, que generan un valor de 6 billones de pesos al año en 38 millones de hectáreas, mientras que el área en cultivos es de 6 millones de hectáreas que generaron 12 billones de pesos en 2014. Esto quiere decir que una hectárea en cultivos produce diecisiete veces más valor que una hectárea en ganadería (cálculos del Observatorio Rural con cifras de varias fuentes). La ganadería colombiana también genera muy poco empleo por hectárea: según la Federación Colombiana de Ganaderos (Fedegán), esta actividad demanda cerca de un millón de empleos, esto es, los mismos que el café, que tiene menos de un millón de hectáreas plantadas (una relación de 1 a 38). El costo social es mayor si se tiene en cuenta el problema de la concentración de la tierra y sus vínculos directos con el conflicto armado, y, sin lugar a dudas, el mayor costo que paga la sociedad por cuenta de la ganadería extensiva es el deterioro ambiental, cuyo valor es incalculable.

La ganadería extensiva es una actividad que depende de la tierra mucho más que otras actividades



Foto de Johana Martín

agropecuarias; por tanto, requiere que el precio de la tierra sea bajo para su viabilidad. En consecuencia, cuando el precio de la tierra sube lo suficiente, la ganadería será sustituida por actividades agropecuarias más intensivas. Dado que el precio de la tierra refleja su costo de oportunidad, la ganadería debería ubicarse solo en zonas de bajo costo de oportunidad. El problema es que hay ganadería extensiva en zonas en las que el costo de oportunidad es alto. ¿Por qué?, la respuesta es que, a pesar de su ineficiencia productiva, la rentabilidad de la ganadería debe ser lo suficientemente alta para compensar el alto costo de oportunidad de la tierra.

La ganadería es un negocio muy atractivo si ya se tiene la tierra, ya que, en ese caso, esta no se incluye como un costo de producción. Así, la rentabilidad es muy alta cuando el costo más relevante para la ganadería no se incluye, y solo se involucran unos costos menores relacionados con una escasa mano de obra y otros insumos que representan muy poco, como el mantenimiento de cercas y algunos suplementos. Aunque la ganadería



extensiva produzca muy poca carne por hectárea, será buen negocio para el ganadero que enfrenta bajos costos de operación y de inversión.

Además, la ganadería extensiva, desarrollada en predios de gran tamaño que ocupan gran parte de la tierra de uso agropecuario, recibe múltiples subsidios tanto explícitos como implícitos. Entre ellos se encuentran la baja tributación de su patrimonio, la elevada valorización de la tierra, los cuantiosos créditos con tasa de interés subsidiada, la protección frente al comercio internacional y el hecho de no asumir las externalidades ambientales negativas. Esta situación eleva los beneficios y hace muy atractivo el negocio de la ganadería extensiva, razón por la cual la tierra no se transfiere a su uso más eficiente. De este modo, la tierra se mantiene en una actividad rentable para “el ganadero”, mientras que la sociedad en su conjunto termina perdiendo.

El costo de oportunidad de la tierra con vocación agrícola no es lo suficientemente alto como

para compensar los beneficios de la producción ganadera, por bajos que estos sean. Para que la ganadería le dé paso a usos agropecuarios más eficientes, se requiere que el costo de oportunidad de la tierra suba lo suficiente para desplazarla. La mayor parte de la agricultura capitalista de gran escala se lleva a cabo en tierras con una buena dotación de bienes públicos, como adecuación de tierras, carreteras y servicios de asistencia técnica o investigación.

Ahora bien, Colombia tiene ventajas comparativas evidentes para implementar una ganadería tecnificada. La ventaja de estar en el trópico es clave en rumiantes que dependen de la biomasa que aquí se produce. Con tecnologías adecuadas, las 23 millones de cabezas que hay hoy en día se podrían tener en 8 millones de hectáreas, como lo calcula UPRA, y no en las 38 millones de hectáreas actuales. El reto, entonces, consiste en intensificar sosteniblemente la ganadería, reemplazando la ganadería extensiva por una de mayor tecnología, más eficiente en la conversión alimenticia para que demande menos tierra, y más adaptada a nuestro contexto agroecológico.

A menos que el Estado compense las lógicas de apropiación improductiva de la tierra, la intención de blindar la frontera fracasará y el bosque tropical no tendrá futuro. La compensación debe venir de atacar las causas, que están claramente en reducir los subsidios aquí mencionados y elevar los impuestos a la valorización de la tierra para eliminar los incentivos a la tenencia especulativa. Es imperioso realizar un plan de ordenamiento territorial y elevar el costo de oportunidad de la tierra, profundizando en la dotación de bienes públicos en zonas de potencial agrícola, lo cual se puede lograr con impuestos a la valorización, que tienen el doble beneficio de ser fuente de financiamiento y, a la vez, un desincentivo a la tenencia improductiva.

AGROINDUSTRIA, AGRICULTURA FAMILIAR Y GANADERÍA EXTENSIVA: ¿MODELOS DE PRODUCCIÓN EXCLUYENTES?



Foto Observatorio Rural

En el debate público, se presenta una polarización sobre la conveniencia o inconveniencia para el desarrollo rural colombiano de la “vía agroindustrial”, por una parte, y la “vía campesina”, por otra. La Sociedad de Agricultores de Colombia suele plantear que los campesinos podrían ser eficientes y jugar algún papel económico interesante si se asocian entre ellos o, lo que sería mejor aún, si se alían con los grandes empresarios, quienes podrían transferirles o compartirles sus ventajas competitivas. Subyace en este argumento una pretendida incapacidad del pequeño agricultor independiente, cosa que indigna, con razón, a la dirigencia campesina, puesto que la agricultura

familiar colombiana ha sido eficiente, y a veces más que la agroindustria.

Así, por ejemplo, los pequeños cafeteros demostraron una gran resiliencia en la crisis de los años noventa (siglo XX), mientras que buena parte de los empresarios no fueron capaces de soportar el deterioro de las condiciones productivas del café. Como consecuencia de la gran capacidad adaptativa de los campesinos cafeteros, hoy en día ellos aportan más del 80 % del grano, cuando antes de la crisis producían apenas el 45 % (según los datos del Ministerio de Agricultura y la Federación Nacional de Cafeteros [Fedecafé]).

Por otra parte, las alianzas entre grandes y pequeños productores, que los primeros le proponen a los segundos (plasmadas en la Ley de Zonas de Interés de Desarrollo Rural Económico y Social, aprobada hace poco), funcionan adecuadamente tan solo en ciertos casos excepcionales, como el de la palma en la Costa Atlántica y en el Magdalena Medio. En otras zonas, como la Altillanura, estas propuestas son inviables. Allí la única posibilidad de “alianza” consiste en que el pequeño le ceda sus tierras al grande para que este las cultive bajo contratos de arrendamiento o de concesión. Bajo estas “alianzas”, el pequeño deja de ser agricultor para convertirse en un microrrentista. Los agroindustriales argumentan que de todas maneras este negocio les conviene a los campesinos, quienes no tienen ni el capital ni las capacidades que se necesitan para trabajar estas tierras. Sin embargo, los estudios demuestran todo lo contrario: los ingresos que obtienen los agricultores familiares cultivando sus propias tierras son muy superiores a lo que reciben cuando las arriendan.

Por su parte, la dirigencia campesina suele plantear que la agroindustria no produce alimentos y lleva este argumento hasta el extremo de afirmar que las actividades de los grandes empresarios del campo se concentran en la producción de agrocombustibles y que, por tanto, vulneran la seguridad alimentaria del país.

Y ¿qué son los aceites, los lácteos, las carnes en sistemas intensivos, los azúcares, los pollos, los huevos, los frutales a escala empresarial? Se argumenta, además, que las agroindustrias son contaminantes y que los campesinos son agroecológicos y conservacionistas. Pero la inmensa mayoría de los pequeños paperos, frijoleros, plataneros, horticultores y cocaleros, además de los muchos campesinos que participan de la agricultura mecanizada (arroz, maíz y algodón), también contaminan y deterioran suelos y aguas al igual que los

agroindustriales. Por supuesto que hay campesinos agroecológicos que se multiplican (¡afortunadamente!) cada vez más, pero son todavía minoritarios y su participación en la oferta alimentaria es mínima.

Así como los modelos productivos de la agroindustria y de la agricultura familiar suscitan posiciones encontradas, cada vez hay un mayor consenso acerca de la improductividad de la ganadería extensiva y su alto impacto negativo en términos ecológicos, sociales y políticos. Tanto los representantes gremiales de los ganaderos como los analistas y los demás actores del sector agrario coinciden en la necesidad de reconvertir tecnológicamente este tipo de ganadería, lo cual implica aumentar de forma sustancial la cantidad de animales por hectárea mediante la incorporación de tecnologías sencillas de bajo costo. De esta forma se liberará una parte sustancial del área que actualmente ocupa la ganadería, y que puede destinarse a recuperar los ecosistemas deteriorados por el pastoreo (dejando crecer en los pastizales bosques y vegetación natural) o puede emplearse en actividades agrícolas.

La Federación Colombiana de Ganaderos (Fedegán) ha planteado la necesidad de que la ganadería libere por lo menos 10 millones de hectáreas mal ocupadas (en conflicto de uso) y la Nueva Federación de Ganaderos, por su parte, habla de la necesidad de sustituir la ganadería extensiva por una nueva producción más eficiente que debería ser adelantada fundamentalmente por pequeños y medianos finqueros. Tanto Fedegán como la Nueva Federación Ganadera defienden la importancia de los pequeños ganaderos, que son más de 400 000 y que ocupan con sus reses 1,6 millones de hectáreas, mientras que los grandes (los que tienen predios de más de 500 ha) poseen 20,5 millones de hectáreas en pastos y rastrojos y 57,7 ha más en bosques, buena parte de los cuales muy



Foto de Paula Forigua

posiblemente están a punto de ser abatidos para convertirlos en potreros (datos del Censo Nacional Agropecuario 2013-2014).

No se puede pasar por alto que, aunque parezca paradójico, la ganadería hiperextensiva en las sabanas naturales de los Llanos Orientales es sostenible en términos ecosistémicos. Esta ganadería bien manejada (y en general es bien manejada) se constituye en una alternativa muy eficiente para preservar los ecosistemas naturales de esta región, que albergan una inmensa e invaluable diversidad. No necesariamente se trata de frenar la expansión de la agroindustria a esta región, pero sí es preciso tener en cuenta que el reemplazo de la sabana nativa por potreros tiene un alto impacto ambiental y mucho más cuando se hace, como se ha hecho en

muchos casos, en forma no planificada y devastadora, pasando por encima de morichales, bosques de galerías, bajos inundables, entre otros ecosistemas especialmente sensibles.

Ante este panorama, los discursos de agroindustriales, campesinos y ganaderos podrían debatirse constructivamente con información calificada que permita el mutuo reconocimiento de unos y otros, y que, a su vez, conduzca a detectar problemas comunes, como son los mencionados efectos contaminantes de las actividades agrícolas (y pecuarias), así como la falta de una adecuada provisión de infraestructura por parte del Estado y la limitación que para el crecimiento agropecuario y el desarrollo rural representa el acaparamiento improductivo de la tierra por la ganadería extensiva.